

## El curso de Bibliotecarios del Museo Social Argentino

Por CARLOS VICTOR PENNA

El movimiento bibliotecológico y el problema de la formación de bibliotecarios han tomado en la Argentina, en los últimos años, un impulso hasta ahora desconocido. Considerando que el conocimiento de la obra realizada o proyectada podía ser de inestimable utilidad, he sentido constantemente el deseo de estar informado sobre las actividades de las escuelas de bibliotecología, tanto por mi carácter de instructor de catalogación y clasificación del Curso de bibliotecología del Museo Social Argentino, como por tener que afrontar responsabilidades semejantes en el Instituto Bibliotecológico de la Universidad de Buenos Aires. Cuando dichas escuelas actúan en países latinoamericanos el interés se acrecienta y la información se busca más intensamente, pues el conocimiento de los resultados obtenidos en ellas, además de constituir una valiosa experiencia por la similitud del medio en que se producen, muestra de inmediato los métodos puestos en práctica y la tendencia de la enseñanza.

Sobre los métodos empleados y los elementos confluentes se obtienen conclusiones aleccionadoras, que permiten perfeccionar, en forma paulatina, el propio esfuerzo; la información sobre las tendencias que orientan la tarea emprendida tiene un valor de orden más general, que entra en el campo netamente bibliotecológico y permite vislumbrar cuál será el futuro de la organización de las bibliotecas de esta parte del mundo.

La posibilidad de una colaboración interbibliotecaria integral, con las medidas de carácter formativo que ella exige y con la enorme trascendencia que importa, ha sido otra de las razones de mi interés por la enseñanza de los procesos técnicos, cuya aplicación racional y uniforme constituye una primera etapa de este difícil pero no insoluble problema.

Frente al cúmulo de obstáculos que a simple vista se presentan, se recobra el optimismo al comprobar que la tarea realizada por R. H. Gjelsness en México, por Arthur Gropp en Montevideo, por los brasileños —y muy especialmente los paulistas— en su propio país y últimamente por Jorge Basadre en la Biblioteca Nacional de Lima, está sustentada por idénticos principios e

idénticos puntos de vista, y que lo realizado hasta ahora en Buenos Aires está de acuerdo con ella. Mucho de lo que hasta el presente se ha hecho no deja de tener aspecto experimental, pero lo interesante es comprobar que aun en estos primeros esfuerzos la idea que animó las empresas, tuvo una orientación coincidente.

En un interesante artículo de Mr. Kilgour<sup>1</sup> aparecido en el *Library Quarterly*, destinado a poner de manifiesto la tarea realizada en Lima, se dice que la experiencia recogida en la escuela peruana debe servir como antecedente al emprender nuevos esfuerzos. Teniendo en cuenta esas consideraciones, y como una contribución más a la futura estructuración de la enseñanza bibliotecológica, me animo a dar a publicidad este trabajo, que pone en evidencia un esfuerzo argentino en procura de un mejor servicio bibliotecario. Pensé que sería de utilidad exponer la labor realizada por el Curso de Bibliotecología de la Escuela de Servicio Social del Museo Social Argentino, institución privada que cuenta con el apoyo oficial para cumplir con su encomiable plan de trabajo.

Puede llamar la atención que esta Escuela de Bibliotecarios, una de las más importantes del país, dependa de un organismo dedicado al estudio del servicio social. Ello tiene, sin embargo, su explicación. Cuando el Dr. Alberto Zwanck, actual director y organizador de esta casa de estudios, redactó los programas de la Escuela de Servicio Social, incluyó una bolilla titulada "*La Biblioteca como factor de asistencia social constructiva*". El tema era desarrollado en dos o tres clases magistrales. Sin embargo, a pesar de la brevedad con que se trataba esta parte del programa, tuvo la virtud de poner de manifiesto en los alumnos, un extraordinario interés por conocer más a fondo lo que para muchos constituía una novedad. La señorita Ernestina Vila, vicedirectora de la Escuela, interpretó de inmediato esa inquietud de los estudiantes, y puede decirse que a su decidido apoyo y exacta visión del porvenir bibliotecológico del país, se debe la creación del curso de bibliotecnia, como en un principio se lo llamaba, cuyos programas fueron aprobados por el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, reconociéndose los títulos habilitantes como oficiales, de acuerdo con los términos de la ley N° 12230. El señor Manuel Selva, de la Biblioteca Nacional, tuvo a su cargo la responsabilidad de dictar la cátedra durante 6 años, es decir hasta 1942.

Pero el progreso de las bibliotecas y las exigencias, cada vez mayores, del mejoramiento de su organización aconsejaron, al cabo de estos seis años, algunas reformas para que la Escuela llenara más cumplidamente su misión de formar buenos bibliotecarios.

La estructura misma del programa de estudios, redactado con miras a un aprendizaje más o menos intensivo de las disciplinas relacionadas con la

---

<sup>1</sup> Kilgour, Raymond L., *The Library school of the National Library of Perú*. (En *The Library Journal*, XV: 32-48, Jan. 1945).

historia del libro en sí, dejando en segundo plano aquellas de orden puramente técnico, ponía de manifiesto esa necesidad. Los límites que dichos programas señalaban no permitían dar la intensidad adecuada a la enseñanza de la catalogación y clasificación, la organización interna de las bibliotecas y bibliografías y obras de referencia.

Esta situación y el hecho de que la responsabilidad de la enseñanza recayese sobre un solo profesor —dos horas semanales— conspiraron contra ella, a pesar del interés de los alumnos y de la reconocida capacidad del instructor. La dirección de la Escuela, poniendo una vez más en evidencia su interés en responder a las aspiraciones de alumnos y ex-alumnos siempre apoyadas, por otra parte, por la Vicedirectora de la misma Escuela, Srta. Ernestina Vila, comprendió la necesidad de modificar los planes de estudio, a fin de asegurar una enseñanza más equilibrada y dar también oportunidad de perfeccionamiento a los egresados que deseaban cursar estudios complementarios. Ello no significaba, desde luego, que el impulso inicial que dió vida al organismo hubiera sido mal calculado; sólo ponía en evidencia que una etapa había sido superada y que un nuevo estado de cosas, que la misma acción de la Escuela había creado, imponía exigencias ineludibles. Y, como veremos más adelante, no sería esta la única manifestación del movimiento bibliotecológico argentino, cuya pujanza impone cada día más responsabilidad a las instituciones y a los hombres que le sirven de apoyo y le dan aliento.

La situación descrita en la Escuela se producía en el año 1942 fecha en que yo regresaba de los Estados Unidos después de haber seguido cursos en la Escuela de Bibliotecología de la Universidad de Columbia y de haber visitado importantes bibliotecas de ese gran país del norte.

Como egresado del Museo Social Argentino, institución de la que nunca me desvinculé, tanto por razones de índole profesional cuanto por la amabilidad exquisita de quienes la integran, se me consultó respecto a la posible eventualidad de modificar los planes de estudio, idea que no podía dejar de auspiciar después de haber cotejado los conocimientos adquiridos en los Estados Unidos con aquellos que había recibido en la misma Escuela que pedía mi opinión.

Se me encargó que presentara un informe y un bosquejo de plan de estudios que diera a la catalogación y clasificación de los libros toda la importancia que merecía. Después de consultar con el Sr. Selva, que tenía a su cargo, como dije, la enseñanza del curso, hice conocer mi punto de vista. Este fué un elemento más que contribuyó a la reorganización de los programas de estudio y me ofreció la oportunidad de ingresar como profesor en la casa donde pocos años antes había sido alumno. Tal distinción significaba para mí un honor y una gran responsabilidad ya que, en virtud del cargo, estaba a mi alcance orientar desde el aula la enseñanza y aplicación de procesos técnicos hasta la fecha no muy divulgados en nuestro medio bibliotecológico. Era, además, una oportunidad extraordinaria poder hacerme cargo de tal tarea al regreso inmediato de mi viaje.

El programa estructurado con este nuevo criterio elavaba las horas de clase a 4 semanales, gracias a lo cual se mantenía íntegramente todo lo relacionado con el estudio de la historia del libro, la imprenta, el grabado, bibliografías, etc., agregándose una nueva asignatura denominada Catalogación y Clasificación, directamente a mi cargo. Esta materia incluía asimismo, una hora semanal de trabajos prácticos.

La nueva orientación de la enseñanza incorporó a la Escuela otros valores, entre ellos al señor J. Frédéric Finó como profesor de Bibliotecología y a los señores Ernesto Gietz y Ernesto Nelson como asesores del curso. El señor J. Reinaldo Suárez tomó a su cargo la enseñanza de los trabajos prácticos de catalogación y clasificación, tarea que en la actualidad cumplen los egresados señores Oscar Spitznagel y Duilio Guastini.

El nuevo programa despertó gran interés entre los mismos egresados y 27 de ellos se reinscribieron como alumnos regulares para seguir el curso de Catalogación y Clasificación que, en ese momento era el que mayor posibilidades les ofrecía, ya que la otra materia, a cargo del señor Finó, les era familiar. De esta manera, en el año escolar de 1943 se registró una concurrencia de 52 alumnos.

Conviene examinar ahora, aunque sólo sea rápidamente, la importancia de este programa de estudios, destacando en primer plano lo relacionado con la catalogación y clasificación. Esta materia es, según mi concepto de la bibliotecología, y no por simple predilección la que tiene mayor resonancia en el aspecto funcional de la biblioteca, como en el de la colaboración interbibliotecaria, que se apoya en gran parte en la aplicación de estos conceptos. Por otra parte, es la que permite emitir juicios de valor y establecer comparaciones entre los distintos programas, ya que las materias de jerarquía histórica son, por lo general, comunes a todos los planes y varían sólo en intensidad.

Del estudio del actual plan, se desprende que los conceptos que condicionan la enseñanza de la catalogación y clasificación de los libros en el Museo Social Argentino, no son extraños a los que rigen entre los bibliotecarios norteamericanos, pues dicho plan está inspirado —con modificaciones justificadas por el medio— en los de las escuelas de bibliotecología de ese país.

La ficha única se considera como elemento primordial y constitutivo de los distintos tipos de catálogo; para redactarla, por cuestiones de seguridad en la interpretación, se utiliza el código de la Biblioteca Apostólica Vaticana. Las razones de esa seguridad descansan en el hecho de que existen ediciones en castellano de tal código, así como resúmenes en el mismo idioma. La ficha redactada con tales directivas no difiere de las utilizadas en las bibliotecas norteamericanas, pues la similitud de este código con el de A. L. A. está perfectamente demostrado en el trabajo de Hanson,<sup>2</sup> y no se justifica insistir aquí sobre tal detalle.

<sup>2</sup> Hanson, James Christian Meinich, A. Comparative study of cataloging rules based on the Anglo-american code of 1908. Chicago, The University of Chicago press, 1939.

En cuanto a la clasificación hay, en nuestro medio, una modalidad no evidente en otros países. En la Argentina se impone, por costumbre y por convencimiento, el uso de catálogos diccionarios o catálogos sistemáticos, según sea el tipo de biblioteca que los debe utilizar. Puede encontrarse consideraciones sobre este particular en el capítulo primero de la obra *Catalogación y clasificación de libros*,<sup>3</sup> en la que se demuestra la posibilidad de orientar los procesos bibliotecológicos en muchas instituciones que aun no los han desarrollado integralmente.

Por tal circunstancia, la clasificación decimal de Dewey y la clasificación decimal del Instituto Internacional de Bibliografía de Bruselas se enseñan paralelamente; la primera se recomienda para determinar la signatura de clase, mientras que la segunda es preferentemente destinada a formar los símbolos que constituyen los encabezamientos del catálogo sistemático.

Resuelto así el problema de la clasificación, queda por considerar lo relativo al catálogo diccionario. Su conocimiento y posibilidades de aplicación de acuerdo con las técnicas adecuadas, es tema del actual programa. En el desarrollo de los trabajos prácticos se utiliza la lista de encabezamientos de materia de Lasso de la Vega, trabajo meritorio pero de extensión limitada; convencido de que ella no respondería a las necesidades de nuestras bibliotecas públicas importantes se proyectó, contando con el apoyo de alumnos de la Escuela, la traducción de la obra de Sears.<sup>4</sup> La señora María Gálvez de Niklinson y la Srta. Isabel Betbeder Avellaneda, son las personas que tienen a su cargo esa tarea, que iniciaron al finalizar el año 1943 y en estos momentos está casi terminada y en condiciones de entrar en prensa. Así, paulatinamente y con el concurso de sus mismos alumnos, la Escuela va formando y preparando las herramientas de trabajo que utilizarán sus egresados para poner en práctica las enseñanzas recibidas.

Lo mismo se puede decir de las tablas de signaturas libristicas. Fué de mucha utilidad para la realización de los trabajos prácticos la obra de Cutter, pero es bien sabido que en nuestras bibliotecas su aplicación es sólo circunstancial, ya que la realidad concreta exige tablas que tengan en cuenta el alfabeto castellano. A fin de poder contar con las que respondan a nuestras necesidades, se requirió nuevamente la colaboración de un grupo de alumnos para cotejar catálogos de bibliotecas argentinas dedicadas a las más diversas especialidades. Como consecuencia de ello se han registrado ya aproximadamente 120,000 autores, lo que permitirá determinar la frecuencia de las letras y los números que formarán la futura tabla de signaturas libristicas.

---

<sup>3</sup> Penna, Carlos Victor, *Catalogación y clasificación de libros*. Buenos Aires, Acme agency, 1945, p. 3-6.

<sup>4</sup> Sears, M. E., *List of subject headings for small libraries; including Practical suggestions for the beginner in subject heading work*. 4th ed. revised with addition of Decimal classification numbers by I. S. Monro. New York, Wilson, 1939.

Para desarrollar la bolilla correspondiente a ordenación de catálogos, la exposición y los trabajos prácticos se basan en las reglas de alfabetización de A. L. A.<sup>5</sup>

Fuera de lo ya manifestado, el programa incluye también bolillas destinadas al estudio de la catalogación de publicaciones periódicas, catalogación analítica, de copias microfotográficas, etc. La organización de un departamento de catalogación y clasificación, como así también la parte referente al personal, justifican asimismo sendas bolillas.

La enseñanza impartida por la Escuela teniendo presente el programa que se termina de exponer más aquella relacionada con las historias del libro, la imprenta, breves nociones de bibliografía y de organización de bibliotecas, pertenece ya, en virtud de ese movimiento bibliotecológico pujante y creador de que hablé más arriba, a una etapa completamente superada. Su contenido, ya que no su orientación y las condiciones de ingreso de los alumnos, está al margen de lo que exige el interés y la necesidad de las bibliotecas y los bibliotecarios argentinos. Por ese motivo, contando con el apoyo de los asesores y profesores, la escuela redactó un nuevo programa que es considerado en estos momentos por el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública; es de esperar su despacho favorable, teniendo en cuenta la opinión concordante de centros tales como la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y el Instituto Bibliotecológico.

Este programa ofrece la posibilidad de impartir una enseñanza superior. Ingresarán así a la Escuela nuevos profesores, por las exigencias del estudio de nuevas disciplinas. El desarrollo completo del plan exigirá ahora dos años de estudio, y está estructurado de manera tal que permite obtener el primer año el título de Ayudante de biblioteca, y el segundo el de Bibliotecario.

La consulta del programa pone de inmediato, en evidencia, la importancia que se ha asignado a los procesos técnicos, destinándose dos años a la enseñanza de la catalogación y clasificación de los libros: un curso muy semejante al que se dicta actualmente y otro que podríamos denominar "Problemas de catalogación y clasificación".

El estudio de la Bibliografía y obras de referencia justifica un programa independiente, del mismo modo que Administración de bibliotecas, en el que se discutirán los temas relativos a la selección de libros, préstamo, etc.

Para poder dar cumplimiento a este plan de trabajo, la Escuela ha introducido variantes notables en las condiciones de ingreso. La modificación más importante es aquella que establece que, para cursar el segundo año, los aspirantes deberán comprobar haber realizado estudios de enseñanza media, o responder a una prueba que ponga de relieve conocimientos equivalentes.

La Escuela pretende así extender diplomas que habiliten a los egresados del primer ciclo —con una serie de conocimientos mínimos indispensables—

<sup>5</sup> American library association. A. L. A. Rules for filing catalog cards. Chicago, American library association, 1942.

a desempeñarse en puestos de ayudantes de bibliotecas. En segundo lugar, frente a estudiantes con una mejor preparación formativa, ofrecer conocimientos especializados, que en muchos aspectos estarán a la altura de aquéllos que se imparten en las mejores instituciones de la misma especialidad.

Para poder desarrollar este plan, la Escuela se preocupa de formar una biblioteca especializada de cierta importancia. Se adquieren los libros que su presupuesto le permite y se reciben donaciones. Simultáneamente, el lote de obras destinadas para la realización de trabajos prácticos va en constante aumento, en lo que a la variedad de casos se refiere; en estos momentos llena cumplidamente las necesidades del actual programa de estudios. Además se realizan visitas y viajes de estudio de importantes bibliotecas públicas y privadas, imprentas, etc. lo cual permite observar de cerca muchos de los aspectos que en clase se discuten.

A fin de poder utilizar los recursos de instituciones dispuestas a cooperar con la Escuela, se está compilando un cotálogo centralizado de los libros sobre bibliotecología que existen en Buenos Aires, incluyendo también aquellos que tiene la Biblioteca Artigas-Washington de Montevideo que dirige el señor Gropp, quien gustosamente ha comprometido su cooperación.

Tal es la evolución del curso de Bibliotecología del Museo Social Argentino, creado en el año 1937. De sus aulas han egresado profesionales que actualmente prestan servicio en diversas bibliotecas del país.

Para tener una idea objetiva de sus resultados se intercala el siguiente cuadro, dividido en dos épocas. La primera se refiere a los egresados hasta el año 1942 y la segunda desde esa fecha hasta el presente.

AÑO	Número de egresados
1937 . . . . .	24
1938 . . . . .	17
1939 . . . . .	35 (183)
1940 . . . . .	32
1941 . . . . .	35
1942 . . . . .	40
1943 . . . . .	25
1944 . . . . .	22 (47)

De este total de egresados, gran parte está empleado en distintas bibliotecas, lo que demuestra con evidente claridad que son muchos los que, después de pasar por sus aulas, pueden dedicarse a una tarea para la cual se prepararon previamente.

Por otra parte, el valor de un buen profesional no depende sólo de su preparación técnica, ya que élla está sostenida por los conocimientos que forman su haber cultural. Así es útil conocer también las condiciones de preparación general previa que los egresados reúnen. Tal es el objeto del siguiente cuadro:

	Egresados	Curso 1945
Alumnos con enseñanza primaria . . . . .	69	1
"    "    "    secundaria . . . . .	135	33
"    "    "    universitaria . . . . .	26	4

El funcionamiento de escuelas de bibliotecarios provoca, en los primeros tiempos, interés por el estudio de estas disciplinas hasta en ambientes ajenos a la actividad bibliotecológica, y da por resultado la inscripción de candidatos dedicados a diversas ocupaciones. Este mismo fenómeno lo he podido comprobar recientemente en Bolivia, durante la reorganización de la Biblioteca Municipal Mariscal Andrés de Santa Cruz. En esa ocasión conjuntamente con el Dr. Augusto Raúl Cortazar, dictamos un curso acelerado sobre bibliotecología que tuvo una inscripción de 223 personas, entre las que se contaban desde militares de alta graduación hasta artesanos de diversa índole. Con el tiempo y a medida que los alumnos van compenetrando de las finalidades y alcances de la carrera, esa heterogeneidad desaparece. Así ha ocurrido en nuestra Escuela, produciéndose a la par un constante aumento de calidad intelectual de los asistentes; en los últimos años se inscribieron en ella altos empleados de bibliotecas, inclusive directores de servicios bibliotecológicos muy importantes.

Veamos ahora el resultado obtenido, no ya considerando la formación aislada del bibliotecario, sino lo que su conjunto representa para la bibliotecología argentina.

En primer lugar, hay que dejar constancia de que las diversas manifestaciones bibliotecológicas están animadas por una fuerza dinámica y constructiva, a la que no son extrañas la acción fecunda del Curso de Bibliotecología y las necesidades cada vez mayores de un país en constante y marcado progreso, con todos los problemas de documentación que ello presupone.

Cómo actúa y cuál es la responsabilidad de la Escuela en este estado de cosas, es una cuestión que admite diversos enfoques, aunque siempre dirigidos por un mismo motivo y razón. En primer lugar, se ha hecho conciencia en la mayoría de los bibliotecarios egresados de una escuela o autodidactos, que esta carrera no es ya el resultado de una dedicación puramente personal, sino la consecuencia de un esfuerzo que suma a esa misma acción la desarrollada por las escuelas de bibliotecología. Para muchos, quizás, ha sido una sorpresa la necesidad de dedicar dos años de estudio para obtener un título habilitante en materia bibliotecaria; para otros constituyó un toque de alarma frente a la imperiosa necesidad de mejorar profesionalmente.

En segundo término, el hecho de haber convivido en una misma escuela durante un largo periodo provocó en muchos egresados el deseo de agruparse para lograr su perfeccionamiento profesional y la defensa de su propia situación de bibliotecarios; consecuencia de ello es la creación del Centro de Estudios Bibliotecológicos dentro del Museo Social Argentino, integrado por ex-alumnos de la Escuela. Aunque existen agrupaciones similares como el Comité

Argentino de Bibliotecarios de Instituciones científicas y técnicas, esta aparente dispersión de esfuerzos es producto de un momento de transición que se espera ha de terminar con el agrupamiento de estas fuerzas así divididas. Sean cuales fueren las consecuencias posteriores que la actividad del Centro provoque, tiene la ventaja de poner de manifiesto el deseo de trabajo de profesionales identificados con el estudio de disciplinas, cuyas primeras nociones les fueron impartidas a todos por igual. Ya que la idea rectora es común al grupo, pueden esperarse resultados positivos.

La confección del catálogo centralizado de obras sobre temas bibliotecológicos es también en parte una feliz consecuencia del esfuerzo desarrollado por la Escuela, y permite prever empresas de mayor aliento y alcance. Dentro de las Instituciones representadas en este catálogo centralizado existen algunas, como las bibliotecas del Bibliotecario, del servicio de Bibliotecas de Marina, de la Unión Industrial Argentina, que rigen sus procesos por las normas enseñadas en la Escuela; por lo tanto, la tarea de centralización sólo se ajusta a intercalar fichas, sin otro procedimiento previo. Esto, que para algunos bibliotecarios podría parecer una tarea demasiado simple, constituye en nuestro medio un antecedente importante, ya que es la primera vez que tal cosa se puede realizar, al ser comunes a esas instituciones los procesos catalográficos, Bibliotecas que cuentan entre su personal con egresados de la Escuela han podido llevar a la práctica planes semejantes y aunque ellos son de proporciones reducidas, permiten vislumbrar un futuro más promisor. Es éste, sin duda, un antecedente de suma importancia frente a la necesidad cada vez mayor de una colaboración entre instituciones.

En síntesis, podemos decir que el actual curso de bibliotecarios ha despertado un interés creciente por el estudio serio y ordenado de esta disciplina; que sus egresados, en la medida en que su posición lo permite, desarrollan una labor constructiva y orgánica; que la agrupación de los ex-alumnos en el Centro de Estudios Bibliotecológicos se ha traducido en la formación de un grupo entusiasta y dinámico en el que podrán fructificar iniciativas de importancia; que la cooperación entre las bibliotecas encuentra en la masa de egresados posibilidades de hacerse más efectiva a través de la unificación de los procesos técnicos; que por lógica consecuencia, la profesión del bibliotecario tiende a valorizarse y adquirir para los que en ella actúan una consideración social más de acuerdo con los merecimientos que importa.

Queda así presentada una breve historia del Curso de bibliotecarios de la Escuela del Servicio Social del Museo Social Argentino y hecho un análisis de las repercusiones de su acción en la bibliotecología argentina.

Estas líneas no pretenden sino servir de antecedente útil, tal como decía Kilgour, para la creación de nuevas escuelas de bibliotecarios camino propicio para que se logre en estos países americanos, un progreso real en los servicios bibliotecológicos.